

El problema de buscar la verdad es encontrarla y no saber qué hacer con ella

Marta García Fernández, HNSC

SUMARIO. 0.- PLANTEAMIENTO; 1.- AMA; 1-1.- Fidelidad. Deseo y dinamismo; 1-2.- Fidelidad. Arraigo y permanencia; 2.- Fidelidad. Corazón e intensidad; 3.- CREE; 3-1.- Cuando creer es cosa del corazón; 3-2.- Fidelidad. Oler a Evangelio; 4.- ESPERA; 4-1.- Vivo en el lado profundamente humano de la vida; 4-2.- Odres nuevos; 5.- BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN: El artículo, en clave bíblica, se estructura en tres partes principales: ama, cree y espera (virtudes teológicas). La esencia de la fidelidad no es el cumplimiento sino el amor. El tiempo es el indicador más seguro de dónde tenemos puesto el corazón. Como señala la autora estamos llamados a vivir la misma fidelidad que Dios ha tenido con nosotros: nuestra entrega debe ser a la medida del don: ¡extremo!

PALABRAS CLAVE: Fidelidad, permanencia, vocación, amar, esperar, creer, vida religiosa, vocación religiosa, abandonos vida religiosa.

The problem of looking for truth is finding it and not knowing what to do with it

ABSTRACT: The paper, from the biblical perspective, is structured around three main parts: love, believe and hope (theological virtues). The essence of fidelity is not

compliance but love. Time is the safest indicator about the place where we have put the heart. As the author states, we are called to live the same fidelity God has had with us: our commitment must be according to the measure of the gift: extreme!

KEY WORDS: Fidelity, permanence, vocation, love, hope, believe, religious life, religious vocation, abandonments in religious life.

0. PLANTEAMIENTO

La petición de CONFER me alcanza leyendo la novela *Tierra* de Eloy Moreno¹ y no he podido resistirme a titular este ensayo con la frase que el libro registra en su contraportada: «el problema de buscar la verdad es encontrarla y no saber qué hacer con ella». Se podría decir que la vida consagrada en general, y cada uno de nosotros en particular, en nuestros respectivos procesos vocacionales e institucionales nos hemos encontrado con la Verdad, Jesús de Nazareth. Pero la gran pregunta referida a la fidelidad es: ¿qué hemos hecho con ella? ¿La hemos amado suficientemente hasta estar dispuestos, no ya a dar la vida, sino a renunciar a privilegios, cargos, apoyos, si por mantenernos firmes todo se terciara? ¿Nos lo hemos creído realmente hasta ser insobornables y no sucumbir al gregarismo de esa cultura auto-referencial basada en *likes* y *selfies* para dejar paso al protagonismo de Dios? ¿Seguimos esperando en ella como narra todo el AT y el NT con esa conmovedora fidelidad de Dios que, amando a Israel, hace lo indecible por recuperarle a pesar de haber traicionado su amor una y mil veces?

La pregunta por el don de la fidelidad *se parece a aquel hombre...* Todos conocemos la parábola (Mt 25,14-30). No se trata de devolver los talentos intactos sino de haberlos arriesgado, de «qué hemos hecho» con ellos. Tampoco de permanecer inermes, enterrados bajo tierra contando con miedo, una y otra vez, cuánto tenemos o cuántos somos sino de ser una «Iglesia en salida» capaz de transformarse en «hospital de campaña». Tal como hicieron nuestros fundadores quienes, habiendo

1 E. MORENO, *Tierra*, Ediciones B, Barcelona 2020.



recibido como legado mucho menos, y más bien partiendo de cero, lo supieron multiplicar empleándolo en lo único que fructifica: el Reino y su justicia, y todo lo demás lo recibieron por añadidura (Mt 6,33).

Seguimos a una persona y, por eso, la fidelidad no puede ser estática. La esencia de esta fidelidad no es el cumplimiento sino el amor, conservar sino arriesgar, guardar sino darse. Es todo un dinamismo. La dinámica normal de crecimiento de las virtudes teologales. Por eso, inspirándome en la película de Julia Roberts, *Come, reza, ama*, también he articulado este ensayo en una trilogía: *Ama, cree, espera*. Precisamente, San Pablo en el potente himno a la caridad cincela su profunda relación: «el amor todo lo espera, el amor todo lo cree» (1Cor 13,7). Algunos exegetas, sin embargo, piensan que respeta mejor el sentido de la frase traducir: el amor *nunca deja de creer*, el amor *nunca deja de esperar*. Es decir, no es que la caridad sea ciega o ingenua. Tampoco que sublime la realidad construyendo un mundo paralelo más fácil de digerir. Amar no es una espiritualización barata sino, más bien, el profundo compromiso con el otro que resiste a su desamor hasta hacer que el corazón infartado y necrosado del que reacciona agresivamente vuelva a palpitarse, vuelva a ser capaz de amar, de creer y de esperar. Ese es el don de la fidelidad que hemos recibido de Dios y el que estamos llamados a vivir para los demás.

1. AMA

Como cantaba reiteradamente el impactante musical 33 sintetizando el mensaje de Jesús: «la única religión, el único camino, el único mandato será el amor». Algo válido tanto para el NT como para el AT quien, a este respecto, también nos lega un pasaje emblemático: «Amarás a Yahvéh tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5). Y es que a la pregunta: «¿qué puedo hacer para ganar la vida eterna?» (Lc 18,18), o mejor, ¿cómo puedo ser fiel?, Dios responde con la frescura de un «ama» y, además, «hazlo con todas tus fuerzas». Una respuesta que ensancha el horizonte del corazón del ser humano y lo lanza a la aventura del seguimiento.

1-1.- Fidelidad. Deseo y dinamismo

El imperativo de amar a una persona supone que nuestra fidelidad no es a un objeto sino a un sujeto. Por eso, su criterio de verificación no descansa en el cumplimiento formal y aséptico, externo y rancio sino en la capacidad de vivir el amor como un acontecimiento siempre nuevo. Un Dios siempre por descubrir. Alguien a quien, después de tantos años, todavía se le desea con todas las fuerzas, sin domesticaciones ni reducciones sino tal cual es y se manifiesta.

La fidelidad no es algo repetitivo ni aburrido sino apertura radical a ese Dios sorprendente que puede aparecer por cualquier esquina de nuestra historia, caído en cualquier cuneta –las que tantas veces rodeamos por llegar a nuestras obligaciones religiosas (Lc 10,25-37)–, que puede colarse en cualquier resquicio de nuestra simple existencia pidiendo un vaso de agua. Seguramente aquel día habrá muchas sorpresas al escuchar que fueron fieles quienes trataron con misericordia a estos más pequeños y no los que confesaron un determinado credo (Mt 25,31-46).

La fidelidad no se siente como imposición externa ni como auto-imposición conquistada a base de esfuerzo. Naciendo del amor, está catalizada por una potente fuerza interna: el deseo. El deseo produce que la fidelidad se viva como don, ya que la persona no puede sustraerse a la irresistible atracción de aquello que se ama profundamente y que, polarizando todas sus fuerzas afectivas, la existencia se jerarquiza desde esa realidad.

Como presentan plásticamente algunas parábolas, se trata de encontrarse de bruces con aquello que siempre se había deseado. Hallar el tesoro escondido, la perla preciosa por la que vale la pena hipotecar la vida sin más cálculos ni cuentas. El impacto de este encuentro es de tal calibre que se vende todo con tal de adquirirlo (Mt 13,44-45). El texto no habla de ganancia, ni tampoco de si la compra ha sido buena o rentable o de si el precio pagado ha sido mayor de lo que, en realidad, valía. Es tal la fuerza de este encuentro que todo pasa a un segundo plano. Pasa a considerarse «basura» con tal de alcanzarlo (Flp 3,7-16)². Para

2 Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, *Mateo*, GLNT 2, Estella 2015, 184.



que haya fidelidad tiene que haber amor y no solo cumplimiento. Amar es desear y, por tanto, supone renunciar a la simple y peregrina idea de poseer al otro y también de domesticarlo. Es decir, reducir un sujeto a un objeto; la cosificación de la relación. De esta forma, la Escritura nos está indicando que la fidelidad reside fundamentalmente en permanecer fiel a un dinamismo. El dinamismo del Espíritu del que oyes su voz «pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3,8). *Nacer de nuevo* es aceptar no saber hacia dónde este amor te llevará, salir para no volver, como Abraham. O, lo que es lo mismo, escaparse del eterno retorno de las religiones que buscan la salvación en el controlable mundo de sus propias fronteras³.

Para la Biblia la única opción de ser fiel a la promesa es adentrarse en un espacio desconocido, ya que cualquier otro intento será juzgado como idolatría. Esto es, querer controlar a Dios, hacerse una imagen de él a la propia medida, manipular la salvación pensando que se compra. El evangelista Lucas presenta en un llamativo díptico dos modelos de fidelidad: aquel que piensa que esta se «adquiere» cumpliendo a rajatabla unas prescripciones, pero siendo incapaz de soltarse de manos y venderlo todo por seguir al que se ama (Lc 18,18-30) y aquel que, como Zaqueo, ha vivido como un don este encuentro y, por eso, lo convierte en don para los demás (Lc 19,1-10).

La fidelidad y el amor, posiblemente, tienen que ver con el impacto de este encuentro. A su vez este impacto está en estrecha conexión con la profundidad del deseo. Para que la opción no quede en un conato y soporte las inclemencias del tiempo, el deseo tiene que permanecer intacto. Tiene que mantenerse en dinamismo y no hacerse sedentario. Tiene, en definitiva, que renunciar a poseer lo que desea, a dejar que ese sujeto-Dios siga siendo tal y nos sorprenda manifestándose a su estilo y manera, muchas veces tan discorde a nuestros *camino*s y *pensamientos* (Is 55,8). Tiene que aceptar que la tierra seguirá siendo prometida. De otro modo, la relación se habrá cosificado y Dios, una vez domesticado, se habrá convertido en un objeto idólatrico y hecho a medida.

3 Cf. J. L. Ska, *Abrahán y sus huéspedes. El patriarca y los creyentes en el Dios único*, Estella 2004, 95.

1-2.- Fidelidad. Arraigo y permanencia

Las parábolas del tesoro escondido o de la perla preciosa, así como los pasajes del joven rico y de Zaqueo nos ofrecen una instantánea, una especie de «pantallazo», que nos ha permitido cifrar la cuestión de la fidelidad en el hontanar del corazón y del deseo desde la pista hermenéutica del encuentro. La fidelidad a una relación conlleva aceptar el reto de vivir siempre en dinamismo. La clave evangélica de comprensión no sería, por tanto, la *adquisición* sino la *desposesión*.

El don es previo al esfuerzo. Por esta razón, la vivencia del don es indispensable para no sucumbir a la auto-referencialidad ni tampoco para que se paralice el dinamismo de crecimiento de una fidelidad que, en ocasiones, puede suponer un desgaste agotador. El tiempo es la prueba de fuego, el indicador más certero de dónde tenemos puesto el corazón. Pues sabemos bien que, con venderlo un día todo, no tenemos ni mucho menos el camino ya hecho. ¡Hay tantas formas de ir recuperando aquello de lo que generosamente nos desprendimos!

La parábola del sembrador (Mc 4,3-9) generalmente se interpreta según el esquema de cuatro tipos de tierra. Desde esta óptica, el joven rico sería una de esas tierras que no dan fruto, mientras Zaqueo representa la tierra buena. Sin embargo, algunos exegetas como Jean Louis Ska postulan que quizás el texto no esté hablando, tanto ni solo, de diferentes tipos de tierra como de diversos momentos de una vida⁴. En este sentido, la parábola profundizaría sobre las razones de por qué el don de la fidelidad de Dios no llega convenientemente a fructificar. La semilla, como aquellos encuentros, puede «impactar» positivamente en la tierra, sin embargo, tras este primer momento de euforia todo se desvanece.

En la fidelidad hay un primer estadio que no es baladí pero que no es suficiente. Es la semilla al borde del camino que está expuesta a que se la lleve cualquiera. Esto es, existe una diferencia entre aquellos que acogen el Reino y aquellos que se quedan inmovilizados en el mundo controlable de lo conocido. Existe una diferencia entre aquella vida con-

4 Cf. J. L. Ska, *Cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Páginas escogidas del evangelio de Mateo*, Estella 2006, 147-151.



sagrada que opta por los pobres, que se compromete con la justicia, que ve claro que debe estar en la parte de la historia donde están las víctimas, y aquella que ni lo ve, ni se lo plantea, ni piensa abandonar su estilo de vida. Sin embargo, después del «boom» del Vaticano II, como escuché a una teóloga: «nos hemos cansado de los pobres».

Se trataría de aquellas opciones correctas que sin llegar a estrenarlas se han mutado rápidamente por otras. Se las ha llevado cualquiera. Eso sí, con justificaciones desde el Evangelio. Es el compromiso superficial, el «postureo» que corresponde con determinadas modas, la terrible dislexia entre lo verbal y lo real, entre lo que decimos y lo que hacemos, o entre lo que creemos realmente hacer a base de decirnoslo con discursos grandilocuentes o acallando nuestra conciencia con megaproyectos plasmados en papel pero sin que implique más, y en el mejor de los casos, un voluntariado de horas pero no la asunción de una forma de habitar y de relacionarnos coherente con la opción por el Evangelio.

Si se supera esta fase, comienzan a despuntar los brotes. Pero con la nueva vida, llegan también los peligros que amenazan a la planta, todavía sin raíces hondas. El sol abrasador, las crisis de la vida, las fuerzas contrarias que se alían para acabar con el compromiso. La soledad afectiva en la que uno se siente cuando las instituciones te dan la espalda y lo que, en un principio era confianza, se transforma en sospecha. Y lo que era proyecto compartido fruto del discernimiento, en una maniobra de distanciamiento afectivo, terminan por encasquetártelo con la dura hermenéutica de que no es más que obstinación propia o, quizás, protagonismo. Se despliega todo un abanico interpretativo, en ocasiones confuso, sobre el bien común, sobre lo realmente carismático, sobre el silencio como mejor aliado para la comunión. Justificaciones que, en ocasiones, esconden intereses turbios, miedos inconfesados, imágenes distorsionadas de Dios y que, aun sabiendo de dónde vienen, quemán, desgatan, agotan. Pero si se supera esta etapa sin marchitarse, llega la siguiente.

La penúltima fase es aquella en la que la planta ya ha alcanzado una cierta envergadura porque tiene raíces, pero las preocupaciones y el ritmo frenético pueden terminar acabando con el sentido de por qué y para qué se vive. Son las espinas que ahogan. Hacemos muchas cosas

y muy buenas. Nuestras plataformas apostólicas han logrado, además, superar el sol inclemente de los siglos: gobiernos que han buscado acabar con la vida religiosa o, por el contrario, que la han privilegiado para instrumentalizarla, crisis internas congregacionales suficientemente fuertes como para hacer tambalear el edificio. Nos hemos dejado la piel porque creíamos en la educación, en la opción por los más pobres. Nos hemos peleado con la Administración pública y hemos defendido el Reino y su justicia y, por eso, nuestros centros están dotados de todo lo necesario.

Sin embargo, la gestión nos ha podido hacer olvidar algo fundamental: la relación. Asumimos la burocracia porque es la única forma de mantener vivas estas plataformas, pero hemos podido perder por el camino la relación como el elemento creador más potente de empoderamiento de las personas. Sabemos de leyes, de construcción, de informática, y hablamos de eso. Pero puede que no tengamos tanta idea de lo que vive el hermano de comunidad que está a nuestro lado, del ambiente familiar y de las penurias económicas de muchas familias de los colegios, de lo que ha tenido que atravesar ese inmigrante para alcanzar el plato que posiblemente le estemos ofreciendo en un comedor social. Son las espinas de la gestión que ahogan la relación y, con ello, el sentido de todo lo que hacemos. Maquinarias organizadas que funcionan a la perfección pero que han podido perder por el camino algo fundamental.

De cuatro intentos, uno solo llega hasta el final. Y aunque la proporción de cuatro uno puede resultar desoladora, este da fruto por todos. Y lo hace, además, desproporcionadamente. El don de la fidelidad de uno fructifica para todos. El amor como la semilla no se *adquiere* pero sí se *cultiva*. El impacto del encuentro entre la semilla y la tierra debe tomar profundidad y la relación con Dios ahondarse para que ningún agente exterior la necrose. *Nacer de nuevo* cuando uno se siente viejo es mantener la ductilidad suficiente para dejarse modelar al ritmo del Espíritu que sopla donde quiere. En nosotros y en nuestras instituciones, muy de mañana el sembrador lanzó su semilla, ¿qué hemos hecho con ella? Aquellos talentos que recibimos ¿se han conservado enterrados bajo tierra o los hemos invertido en el Reino y su justicia?



2. FIDELIDAD. CORAZÓN E INTENSIDAD

Las compañías móviles se pelean entre ellas por obtener la fidelización de sus clientes. ¡Quién no ha recibido una llamada de Vodafone a las tres de la tarde con esta propuesta! La fidelización se equipara a un contrato de permanencia. Sin embargo, para la Escritura permanecer, perdurar en el tiempo no es garantía de fidelidad. Ciertamente importa no coger la puerta e irse, pero sobre todo importa el modo en que se está, la calidad de esa estancia y el nivel de adhesión al proyecto de Dios. No se trata de vegetar o parasitar la vida de Dios sino de ser fecundados por ella.

Por eso, el barómetro de la fidelidad no se ciñe solo al espacio y al tiempo sino al voltaje, a la intensidad de lo vivido en este espacio y tiempo. Pues como matiza el Shemá no es suficiente amar, hay que hacerlo implicando todas las fuerzas afectivas: «con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas» (Dt 6,5). Por eso, así entendida la fidelidad no es cuestión de perdurar en el tiempo sino de perseverar en el amor, en el deseo, en aquellas convicciones que nos hicieron vender y dejarlo todo. Se trata de no anestesiar el recuerdo imborrable de aquel primer encuentro tan decisivo como radical, tan determinante como invisible, tan suave como irresistible, tan genuino y simple como complejo.

En nuestros días, la petición de «todo el corazón» suena a un amor tremendamente posesivo y celoso. No sería políticamente correcto exigir a nadie una fidelidad así. Sin embargo, esta exclusividad lejos de ser exclusión es el fundamento necesario para que el amor sea realmente compartido, para que no exista la eterna esquizofrenia entre Dios y hermano. Para que dentro de una opción existencial no den cabida las duplicidades ni las dobles vidas: servir a Dios y al dinero; decir que se opta por los pobres, mientras continuamente se cambia de chaqueta y de opinión por agradar a la autoridad de turno; comprometerse con la verdad mientras se silencian los abusos.

Como un campo de atracción, Dios magnetiza todas nuestras fuerzas afectivas. Esta polarización en Dios es simplemente garantía de insobornabilidad hacia el hermano y sus derechos. La exclusividad del amor exige descentramiento total y, por tanto, arrancar definitivamente la única lacra que nos impide relacionarnos: la auto-referencialidad. «No podemos amar

a Dios a quien no vemos si no amamos al hermano a quien vemos» (1Jn 4,20). No son dos amores, es solo uno. La fidelidad es intensidad (*todo*) e integración (*corazón, mente, fuerzas*). Es acabar con la esquizofrenia Dios-hermano, palabra-obra, fe-justicia, culto externo-monolatría del corazón, capilla-calle. La duplicidad es la mejor manera de no comprometerse con nada. Servir a dos señores es vivir sin posicionarse, sin asumir las riendas de la propia vida que solo tiene sentido cuando se encuentra la razón por la que vale la pena morir, dejarse la piel. El único *culto razonable* y la única fidelidad posible es entregarse (Rm 12,1).

3. CREE

Relacionado con los últimos párrafos del apartado anterior se halla el creer, porque este verbo se conecta etimológicamente con el sustantivo *cordo*. Creer es una actividad del corazón y no tanto de la mente. Tal como entiende la Escritura, la verdad se oferta a la libertad y solo puede ser conocida en la medida que uno se adhiere. En el Evangelio de Juan, resulta llamativo que a la pregunta: «Maestro, ¿dónde vives?» (Jn 1,38) no se responde: *en Cafarnaúm*, sino *venid y lo veréis*. Hay conocimientos, como el sabor, que solo se adquieren probando y que, en cambio, cuando tratas de explicar a qué sabe el mango resulta extremadamente complicado si el otro no lo ha experimentado. Sin embargo, mientras que las fechas de la historia se olvidan, el sabor es imborrable. La fidelidad nace de la convicción de haber probado y su sabor se cifra en la experiencia de ser profundamente amados. Por eso, es ante todo un don.

3-1.- Cuando creer es cosa del corazón

Me impresionó la primera vez que leí este texto de Jon Sobrino como prólogo de presentación a un libro que recoge las homilias de Monseñor Romero:

«Quizás pueda parecer muy poco o extremadamente simple comenzar a hablar de Mons. Romero diciendo que fue un hombre que creyó en Dios. Se ha trivializado tanto a "Dios", se da tan fácilmente por supuesto



que creemos en Dios o, por el contrario, se le ignora con tanta facilidad que no parece ser un especial homenaje a su figura ni una adecuada pista teológica comenzar diciendo que creyó en Dios. Para un cristiano, sin embargo, "Dios", lejos de ser un vocablo vacío, lejos de ser una realidad abstracta, lejana e inoperante, es el origen primero y el horizonte último de la vida, la justicia, el amor y la verdad; es la exigencia absoluta a que esta vida nuestra sea en verdad digna de hombres, la exigencia a humanizar siempre más todo lo humano y a eliminar siempre cada vez más lo que deshumaniza (...) la medida de la fe de Mons. Romero viene dada por la radicalidad con la que defendió la causa de Dios en la vida cotidiana y en las cosas últimas y profundas de la vida (...) buscó su voluntad allí donde realmente se encuentra; allí donde se juega la vida y la muerte de los hombres, allí donde el pecado hace de los hombres esclavos y piltrafas humanas, y allí donde surge el clamor de la justicia, la esperanza de una sociedad y un hombre cada vez más humanos»⁵.

Si alguna vez nos asalta la pregunta: ¿en qué Dios creemos?, lo mejor no es sacar el plumero para desempolvar los vagos recuerdos que tenemos del catecismo de comunión o de la teología, sino preguntarnos: dónde está tu corazón, ya que allí estará nuestro tesoro. O como ya hizo Arrupe, interrogarse sobre qué es *lo que nos saca de la cama cada mañana, en qué empleamos los fines de semana, qué es lo que nos conmueve, lo que lees, lo que conoces, lo que rompe tu corazón y lo que te sobrecoge*⁶. Todo eso será en lo que creemos porque es lo que determina realmente nuestro día a día. ¿De verdad creemos en la debilidad más que en el poder, en la fuerza del amor, la paz, la verdad, la justicia más que en la del egoísmo, el odio, la mentira y la violencia?

Para poder llegar a esta convicción hemos tenido que «probar» a qué sabe Dios y su Evangelio. O, lo que es lo mismo, hacer experiencia de ese «primerear» divino, cuando amar se vive fundamentalmente como una realidad que consiste no en que *nosotros hayamos amado a Dios* sino en que *Él nos amó primero* (1Jn 4,8). No somos el origen de nuestra

5 J. SOBRINO, *Monseñor Romero: Mártir de la liberación. Análisis de su figura y obra*, en J. SOBRINO, I. MARTÍN-BARÓ, R. CARDENAL (eds.), *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*, Colección: La Iglesia en América Latina, UCA Eds., El Salvador 2014, 35-36.

6 Cfr. J. A. GARCÍA, *Orar con el Padre Arrupe*, Mensajero, Bilbao 2007.

propia fidelidad. Es más, posiblemente experimentamos lo que verbaliza sin tapujos el salmista: «todos los hombres son unos mentirosos» (Sal 116,11), la fidelidad humana como la nuestra es rocío mañanero que rápidamente se evapora (Os 6,4), hierba que enseguida se seca (Is 40,7). Si a pesar de todo, podemos seguir creyendo en el amor es porque hemos hecho experiencia tangible y personal de un Dios que se ha comportado con nosotros como un «Dios de ternura y gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad» (Ex 34,6).

Dios sabe a amor completamente generoso y totalmente inmerecido, tierno y pasional, tozudo e incondicional. Un amor sin fisuras ni esquizofrenias. Un amor de tal calibre e intensidad que no le basta con «darse» sino que lo hace llegando «hasta el extremo». Que Dios nos ame con todo el corazón y con todas sus fuerzas no es sinónimo de amarnos de cualquier manera. Su amor saca la mejor versión de nosotros mismos y nos sueña mejor que lo que nosotros podríamos imaginar. Su amor nos desarrolla vocacionalmente. No nos aborta con paternalismos protectores ni permisivos. Tampoco nos clona con una relación impersonal fundamentada en cumplir con los mínimos necesarios. Según el AT Dios actúa así «por amor a sí mismo», o mejor, por fidelidad a lo que Él es. Y aunque la frase suena mal y chirría a nuestra sensibilidad, expresa magistralmente dónde se fundamenta esta fidelidad: en la absoluta gratuidad.

2-2.- Fidelidad. Oler a Evangelio

Aquello que se ingiere comienza a formar parte de tus células, se incorpora a tu carne, se presenta siempre junto a ti. Si el sabor es una potente metáfora para indicar qué puede suponer la experiencia de Dios, oler a Evangelio es otra imagen muy plástica acuñada por el Papa Francisco para subrayar cómo todos los poros de la piel traspiran aquello que realmente se cree y se ama, aquello que se ha hecho carne de tu carne porque lo has comido e integrado.

La fidelidad no tiene tanto que ver con una confesión aséptica defendida a ultranza sino con intensidad, con entrega y con monolatría del corazón. Pues que el Señor sea uno no es una cuestión de números, tampoco según Deuteronomio debe desembocar en una confesión doctrinal sino debe eri-



girirse como una realidad que el corazón tiene que vivir con todas sus fuerzas, con todas sus ganas, con todo su empeño, ya que en él deben quedar cinceladas estas palabras. Creer en Dios no desemboca en profesar un credo ni en una declaración de intenciones sino en amarle. Y, para ello, todas las fuerzas afectivas deben centrarse, concentrarse e implicarse en esta labor. Dios como un campo magnético las atrae.

Pero también, según el texto, este amor debe magnetizar no solo las realidades internas sino incluso las externas. De hecho, Dt 6,4-9 añade que además de grabar estas palabras sobre el corazón, también todo el cuerpo debe tatuarse con ellas. De manera que siempre se tengan presentes: *las atarás a tus manos*, las tendrás como un recordatorio *ante tus ojos*. Y esto día y noche: *cuando te acuestes y cuando te levantes*. Es más, todo el tejido personal, familiar (los *hijos*) y social (la *casa*) debe quedar marcado por ellas: «se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas».

Cuando se cree realmente, todo el cuerpo personal, familiar y social se convierte en un manuscrito que remite a Dios. Todo debe quedar tatuado y tocado por estas palabras. Todo debe oler a Evangelio. Es más, la progresión del texto indica que, precisamente porque están *grabadas en el corazón* tenderán a impregnar toda la realidad externa: será de lo que se hable, lo que se repita, lo que en el fondo determine el día a día, en lo grande y en lo pequeño. Pues el corazón habita allí donde está el tesoro. Y este se erige como un polo magnético que determina, en última instancia, todo lo que se hace, de lo que se habla, de aquello que se está preocupado.

Y para oler a Evangelio, como dice Jon Sobrino, hemos tenido que «buscar su voluntad donde realmente se la encuentra; allí donde se juega la vida y la muerte de los hombres». ¿Qué hemos hecho con la verdad de tantos hombres y mujeres? ¿Nos hemos casado, acaso, con la mentira, con las fuerzas de poder o con el miedo? ¿Hemos adulterado esa verdad con justificaciones hasta sacadas del Evangelio? ¿Hemos retardado la invitación a la fiesta con excusas baratas para no compartir la mesa con los pobres, porque estábamos cansados para sacar el brillo y la toalla o porque quizás no nos hayamos alegrado tanto de la

vuelta de algún hijo pródigo? ¿Hemos defendido pública y abiertamente la dignidad pisoteada de tantos seres humanos? ¿Somos fieles a la verdad de las víctimas de abusos o somos fieles y escrupulosos solo con el cumplimiento de los recién estrenados protocolos? Todas estas cuestiones no son ajenas a la pregunta sobre en qué Dios creemos y a qué y quiénes somos fieles.

Porque todo esto es indicador de si lo que creemos, de si el amor de nuestra vida ha traspasado realmente las fronteras de nuestro propio corazón y ha impregnado toda la realidad comunitaria, social e institucional. Esto es, si los que trabajan codo a codo con nosotros ven en las jambas de nuestras puertas no el aviso simplemente de que somos un centro concertado o bilingüe, sino que pertenecemos a Dios, que somos insobornables, que no aprisionamos la verdad en la mentira, que hablamos alto y claro y nos posicionamos por el Reino y su justicia.

Viendo los documentales en Netflix del caso Epstein y del médico Larry Nassar, junto a la lectura del reciente Vademécum publicado por la Congregación de la Doctrina de la Fe, además de sentir toda la indignación por las acciones que llevaron a cabo estos dos sujetos con miles de niñas, he sentido indignación hacia nosotros como sociedad. Pues además del periplo institucional y luego penal hasta que las víctimas logran sentarlos en el banquillo y de tener que superar la hermenéutica social y judicial tan dolorosa o más que el mismo abuso, me preguntaba qué hemos tenido que hacer como sociedad para que una víctima no se atreva a hablar hasta los treinta años. Si una denuncia no se da antes es porque en el trascurso de su corta o larga existencia se ha recibido el mensaje latente y constante de que no va a ser creída. Y en esto, posiblemente, contribuimos todos.

Me pasma cómo dentro de nuestras instituciones nos sabemos a la perfección la teoría y es que el perfil del abusador o abusadora en muchos casos es un perfil alto, bien situado. Mientras que, por el contrario, el perfil de las víctimas es bastante bajo y esto dificulta su credibilidad. Pero me asombra que junto a la consabida constatación no nos hagamos una pregunta más arriesgada: ¿qué hemos valorado a la hora de contratar, de conceder unos votos, de dar un cargo o de hacer informes sobre el trascurso profesional o religioso de una persona? ¿Ha sido simple-



mente un engaño, hemos sido nosotros también objeto de una manipulación o hay algo de ceguera en nuestra forma de juzgar los hechos? Una forma de mirar muy distinta a la sensibilidad de Dios capaz de captar que aquella viuda es la que más había echado en el cepillo del Templo.

¿Acaso hemos estado ciegos, o hemos hecho oídos sordos a ciertos rumores? ¿hemos podido contribuir a una estructura mortal de silencio que asfixia lentamente y amordaza la verdad de las víctimas con nuestros juicios a la ligera, dispuestos a lapidar a la que ha sido pillada *in fraganti*, sin cuestionarnos que él estaba también con ella y que quizás ella no es más que la víctima y el espejo de nuestra propia sociedad y de nuestros propios pecados? Estamos dispuestos rápidamente a tirar la piedra contra ella o contra él, si es que hubiera que redirigirla hacia el otro lado, sin preguntarnos nosotros ¿cómo hemos contribuido a este adulterio de la verdad?

¿Hemos redactado protocolos como quien hace acopio de mascarillas? Y para proteger ¿a quién? ¿a las víctimas o a nuestras instituciones? Pues hasta que las víctimas estallan es bastante probable que haya habido muchos conatos, seguramente fallidos, de desvelar su drama. ¿Todo esto les hará más creíbles que antes? ¿Nos hará saber reaccionar mejor? O tendríamos primero que bajar el brazo que sostiene una piedra y reflexionar si *estamos libres de pecado* y en qué medida hemos contribuido a que la mentira ahogue a la verdad y silencie el dolor. Todo esto no es ajeno a la fidelidad al Dios en quien creemos y a quien amamos. Un Dios completamente fiel a los pequeños. Nuestros hermanos son los talentos que se nos han confiado ¿qué hemos hecho con su verdad? Como canta Maité López, ¿hemos sido fieles al Sur, a los más pequeños, fieles a este vino a la comunión, fieles sin complejos?

4. ESPERA

Esperar es uno de los rasgos que mejor definen y expresan la fidelidad. Todos tenemos presente los grandes dramas cinematográficos de la típica separación de dos personas que se aman y que ni las más extremas condiciones, ni las más persuasivas ofertas logran acabar con el periplo de

reencontrarse. El amor vivido como único mantiene viva la llama de la confianza de que el otro nunca te intercambiará. Ahora bien, lo que se ama y en lo que se cree afecta decisivamente a cómo se espera.

4-1.- Vivo en el lado profundamente humano de la vida

«El justo vivirá por la fe» (Ha 2,4). Es la respuesta que recibe Habacuc a su drama. El profeta observa que la historia no es más que la sucesión de potencias cada cual más violenta. Es como si Dios resolviera el problema de la injusticia suscitando un nuevo imperio que, ciertamente, acaba con el otro, pero que a su vez instaura un mecanismo todavía más opresor y agresivo. Por eso, alza su voz para protestar ante Dios y recibe de Él esta enigmática respuesta.

A aquel que está muriendo, a aquel cuya vida está siendo amenazada se le pide que se mantenga en la fe y en la justicia. O, lo que es lo mismo, que crea que la única forma de vencer a la violencia es mantenerse manso, dejarse desposeer, no responder con más intimidación. Esto es, creer que la debilidad es más fuerte que el poder, que la vulnerabilidad es más potente que la fuerza, que la justicia prevalecerá sobre los chanchullos, la verdad sobre la mentira y el servicio a golpe de toalla sobre la dominación déspota.

En definitiva, al profeta se le pide que ponga su corazón y se adhiera no a un credo, sino a una promesa. Y esto es muy típico del AT, porque la historia de la salvación comienza con uno que dice que sí y cree en una promesa que, además, le pone en una situación de vulnerabilidad. Pues a Abraham se le indica que salga de su tierra para ir a otra que se *le mostrará*. Pero esta acción le convierte en un sin papeles perpetuo, en un extranjero para siempre, en alguien carente de una ciudadanía y, por tanto, de derechos. Se le pide que atraviese la historia, que no es más que el peregrinaje a una tierra siempre prometida, como un inmigrante y, por tanto, no como un imperio que asedia e invade sino pacíficamente y desposeído de todo derecho.

Dios promete *un cielo nuevo y una tierra nueva*, pero abrimos el periódico y entramos en crisis. Dios promete, pero la historia de los seres

humanos constantemente desmiente esta promesa y el creyente irremediablemente entra en crisis como Habacuc. Se trata de esperar pero no de cualquier manera, sino manteniéndose justo, manso. O, tal vez, como canta la «Declaración de domicilio» de Eduardo Meana, de esperar pero viviendo en el lado desnudamente, sagradamente, profundamente, pacientemente, entrañablemente humano de la vida.

Esperar se traduce en acciones concretas, pero todavía más crucial es el lado de la historia desde el que se acometen dichas acciones. Si es del lado de los fuertes o desde el lado *pequeñamente humano de la vida* donde suceden realmente *cosas grandes* como el que «nadie te lleva por delante montado en supervidas importantes», «donde el *te necesito* no avergüenza. Donde nace en el alma el *muchas gracias*». La vida consagrada está convocada no a declarar el catastro de sus bienes inmuebles sino un domicilio que es ante todo una forma de habitar y de relacionarse.

4-2.- Odres nuevos

Dios se derrama como vino nuevo y nosotros hacemos lo que podemos. Ante el derroche de la fidelidad divina sacamos nuestros cacharros intentando contener la vida nueva que fluye de este manantial y salpica fidelidad. A veces somos conscientes de que los odres están a punto de reventar, de que los contenedores o las estructuras que buscan canalizar el don ya están un poco obsoletas. Pero, o bien por miedo, o bien por falta de imaginación, nuestra fidelidad dinámica no consigue estirarse más, ni siquiera atisba o es capaz de intuir hacia dónde nos llevará todo esto.

De nuevo, el texto bíblico siempre tan sutil, nos da una pista sobre la fidelidad divina como un don. Porque ¡gracias a Dios! el vino no se estropea. Es más, la fuerza del mismo es capaz de reventar los odres raídos, las cisternas agrietadas en las que a veces con tan buena intención los metemos porque no contamos con otras estructuras ni además se nos ocurren. La fuerza de la novedad logra romper nuestras resistencias y nos pone en situación de vulnerabilidad. Entonces la imaginación de la caridad se agudiza.

Sin nada que perder, el don produce arrojo, valentía, se asumen riesgos y se comienza a negociar con los talentos porque este buen Dios, como aquella viuda, ha echado todo lo que tenía apostando por nosotros. Porque el don de su fidelidad pasa por asumir los riesgos de una siembra que puede no fructificar pero que, si lo hace, habrá pan para todos. Como canta el himno a los Filipenses, la fidelidad de Dios no consistió *en retener para sí*, en una *posesión celosa de su condición*, sino en darse y en hacerse uno de tantos. Estamos llamados a vivir la misma fidelidad que Dios ha tenido con nosotros, nuestra entrega debe ser a la medida del don y, por eso, hasta el extremo del amor.

5. BIBLIOGRAFÍA

GARCÍA FERNÁNDEZ, M., *Mateo*, GLNT 2, Estella 2015, 184.

GARCÍA, J. A., *Orar con el Padre Arrupe*, Mensajero, Bilbao 2007.

MORENO, E., *Tierra*, Ediciones B, Barcelona 2020.

SKA, J. L., *Abrahán y sus huéspedes. El patriarca y los creyentes en el Dios único*, Estella 2004, 95.

SKA, J. L., *Cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Páginas escogidas del evangelio de Mateo*, Estella 2006, 147-151.

SOBRINO, J., *Monseñor Romero: Mártir de la liberación. Análisis de su figura y obra*, en J. SOBRINO, I. MARTÍN-BARÓ, CARDENAL, R., (eds.), *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*, Colección: La Iglesia en América Latina, UCA Eds., El Salvador ⁸2014, 35-36.

